

una especialidad. Vamos, querido. Ahora está sola.

Adios, señores; me llevo á este bergante, que hace más falta en otra parte que aquí.

Quedáronse solos D. Joaquin Onésimo y Leon Roch.

—¿Qué piensa usted de Pepa?—preguntó el primero.

—Que ha recibido una educacion perversa.

—Eso es: una educacion perversa... Y ahora que recuerdo... ¿es cierto que se casa usted?

—Sí, señor... Llegó mi hora,—dijo Leon sonriendo.

—¿Con María Sudre?...

—Con María Sudre.

—¡Lindísima muchacha!... ¡Y qué educacion cristiana! Francamente, amigo, es más de lo que merece un hereje.

Benévola palmada en el hombro de Leon terminó este corto diálogo.

V

Donde pasa algo que bien pudiera ser una nueva manifestacion del carácter nacional.

Habia evanzado la noche, y el modesto sarao de los bañistas principiaba á desanimarse. Los últimos giros de las graciosas parejas se extinguieron en los costados del salon, como los últimos círculos del agua agitada mueren en las paredes del estanque; se deshicieron aquellos abrazos convencionales que no ruborizan á las doncellas, y al fin tuvo la condescendencia de callarse el piano homicida que dirigia con su martillante música el baile. No faltó una beldad que quisiera prolongar aún la velada sacando de las cuerdas del instrumento un soporifero *Nocturno*, que es la más insulsa y calamitosa música entre todas las malas; pero este alarde de ruido elegiaco duró felizmente poco, porque las madres se impacientaron y alegres tribus de se-

floritas empezaron á desfilarse sobre el piso de madera lustrosa. Resbalaban con ágrío chirrido las patas de las sillas, y al pio-pio de la charla juvenil se unía un sordo trompeteo de toses. Las bufandas se enrollaban como culebras en la garganta carcomida de los hombres graves, oradores, abogados y políticos, que eran la flor y el principal lustre del establecimiento.

En la pieza inmediata, las fichas abandonadas y revueltas del tresillo y del ajedrez hacían un ruido como de falsos dientes que ríen unos contra otros fuera de la encía. Las toses y carraspera arreciaban con la salida de los últimos, que eran los más viejos, y después aquel murmullo compuesto de chácharas juveniles y del lúgubre quejido de la decrepitud prematura, que á lo más florido de la actual generación aqueja, se fué perdiendo en el largo pasillo, luégo atronó la escalera y se extinguió poco á poco, distribuyéndose en las habitaciones del edificio celular. Podía existir la ilusión de considerar á éste como un gran órgano, en el cual, después de la gran sinfonía tocada por el viento, volvía cada nota, profunda ó aguda, á su correspondiente tubo.

En la sala del tresillo estaba el marqués de Fúcar leyendo periódicos. Su postura na-

tural para este patriótico ejercicio era altamente tiesa, manteniendo el papel á bastante distancia y ayudando su vista con los lentes, que se colocaba casi en la punta de la nariz y le oprimían las ventanillas. Si tenía que mirar á alguien, miraba por encima y por los lados de los vidrios. Frecuentemente reía en voz alta durante la lectura, sin dejar de leer, porque era muy sensible al aguijón punzante del epigrama, sobre todo si, como es frecuente en nuestra prensa, el aguijón estaba envenenado.

Á su lado leían otros dos. En el salón grande cuatro ó cinco hombres charlaban, reclinados perezosamente en los divanes. Federico Cimarra, después de pasear un rato con las manos metidas en los bolsillos, entró en la sala de tresillo á punto que el marqués de Fúcar apartaba de sí el último periódico y arrancaba de su nariz los lentes para doblarlos y meterlos en el bolsillo del chaleco.

—¡Qué país, qué país!—exclamó el ilustre negociante, conservando en su fresco rostro la sonrisa producida por el último chiste leído.—¿Sabe usted, Cimarra, lo que me ocurre? Aquí todo el mundo habla mal de los políticos, de los gobiernos, de los empleados, de Madrid... pues voy creyendo que Madrid, los empleados, los gobiernos y la gavilla de po-

líticos, como dicen, son lo mejor de la nación. Malos son los elegidos; pero creo que son más malos los electores.

—Donde todo es malo,—dijo Federico con frialdad filosófica que podría pasar por el sarcasmo de un corazón muerto y de una inteligencia atrofiada, metidos ambos dentro de un cuerpo enfermo;—donde todo es malo no es posible escoger.

—Y la causa de todos los males es la holgazanería.

—¡La holgazanería! es decir, la idiosincrasia nacional; mejor dicho, el genio nacional. Yo digo: holgazanería, tu nombre es España. Poseemos grande agudeza, según dicen; yo no la veo por ninguna parte. Somos todos unos genios; yo creo que lo disimulamos...

—¡Oh! Si hubiera gobiernos que impulsaran el trabajo...

Cimarra puso una cara muy seria: era su modo especial de burlarse del prójimo.

—¡El trabajo!... Ya ni siquiera sabemos tejer paño pardo. Van desapareciendo las alpargatas, los botijos son cada vez más raros, y hasta las escobas vienen ya de Inglaterra... Pero nos queda la agricultura. ¡Ah! este es el tema de los tontos. No hay un sólo imbécil que no nos hable de la agricultura. Yo quiero que me digan qué agricultura puede haber

donde no hay canales, y cómo ha de haber canales donde no hay ríos, y cómo ha de haber ríos donde no hay bosques, y cómo ha de haber bosques donde no hay gente que los plante y los cuide, y cómo ha de haber gente donde no hay cosechas... ¡Horrible círculo del cual no se sale, no se sale!... Cuestión de raza, señor marqués... Esta es una de las pocas cosas que son verdad: la fatalidad de la casta. Aquí no habrá nunca sino comunismo coronado por la lotería... este es nuestro porvenir. Que el Estado administre toda la riqueza nacional y la reparta por medio de rifas... ¿Qué tal? esto sí que tiene *sombra*. . ¡Oh! Verá usted, verá usted... ¡Magnífico! Este es un ideal como otro cualquiera. Consúltelo usted con D. Joaquín Onésimo, que pasa por una lumbrera de la administración, y es, á mi juicio, una de las mayores calabazas que se han criado en esta tierra.

—¿No está por ahí?—dijo Fúcar riendo y mirando en derredor.—Que venga para que oiga su apología.

—Está hablando del orden social con don Francisco Cucúrbitas, otra gran eminencia al uso español. Es de esos hombres que hablan mucho de administración y de trámites, es decir de expedientes... ¡Oh! ¿qué sería del mundo sin expedientes? Dios ha criado á es-

tos señores para realizar el quietismo social, que despues de todo no es malo... Nada, señor marqués, mi sistemita de comunismo y rifas. Las contribuciones lo recogen todo y la lotería lo reparte. ¡Pistonudo! ¿Sabe usted, amigo, que aquí se aburre uno lindamente?

Durante la pausa que siguió á esta frase, acercóse Federico á la puerta del salon para llamar á los que aún quedaban en él; despues volvió junto al marqués, y sacando de su bolsillo una baraja la arrojó sobre la mesa. Las cartas se extendieron pegadas unas á otras y resbalando como una serpiente cuadrada.

—¡Hombre, tambien aquí!—dijo Fúcar con expresion de disgusto.

Cimarra volvió al salon que ya estaba apagado. Empujados por él entraron cuatro caballeros. Leon Roch paseaba solo en el salon medio á oscuras. Despues de hablar en voz baja con el mozo, Cimarra tomó el brazo de su amigo y paseó con él un rato. Entre los dos se cruzaron palabras apremiantes, ágrías, pero al fin Leon subió á su cuarto, bajando diez minutos despues.

—Toma, vampiro,—dijo con desprecio á su amigo, dándole monedas de oro.

Despues se quedó solo. Acercándose á la puerta de la sala de tresillo pudo ver el cuadro que en el centro de ésta habia, formado

por seis personas, algunas de las cuales tenían un nombre no desconocido para la mayoría de los españoles. Es verdad que habia entre ellos quien gozaba de reputacion poco envidiable; pero tambien habia alguien que la ganara ventajosa con sus bellos discursos, en los cuales no faltaban palabrejas muy sonoras contra el desórden social, los vicios y la holgazanería. El marqués de Fúcar era de los allí presentes, el único que tomaba aquello como un verdadero juego, y apuntaba sonriendo las cartas, acompañando de picanterías observaciones cada pérdida ó ganancia. Cimarra con el sombrero en la corona, el ceño fruncido, los ojos atentos y brillantes, la expresion entre alelada y perspicua, con cierta seriedad de adivino ó de estúpido, tallaba. Sus delicados labios murmuraban á cada instante sílabas oscuras, que un inocente habria tomado por fórmulas de evocacion para atraer espíritus. Era el tenebroso lenguaje del jugador, el cual, con gruñidos ó sólo con el ardiente resuello mantiene un diálogo febril con las cuarenta personas de carton que se deslizan entre sus manos y ora le sonrien, ora se mofan de él con horripilantes visajes.

La contienda con el azar es una de las luchas más feroces á que puede entregarse el hombre inteligente. La casualidad, que es el

giro libre y constante de los hechos, no ha de ser hostigada; no se la puede mirar cara á cara; jugar con ella es locura. Revuélvese con las contorsiones y la fuerza del tigre, y ataca y destroza. Sus caricias, pues también las tiene, despiertan en el hombre un hondo anhelo que le consume como llama interior. El espíritu de éste se pierde y delira con sueños semejantes á los del borracho, porque el ideal indeciso de aquella misma casualidad que con él forcejea, le penetra todo y hace de él una bestia. Atleta furibundo y desesperado, en las tinieblas, el jugador es víctima de pesadilla horrenda, y se siente lanzado en una órbita dolorosa, como piedra que voltea en la honda sin salir nunca de ella.

El marqués decía á cada rato:

—Señores, que es tarde; que tenemos que madrugar. Bueno es divertirse un poco; pero no exageremos...

VI

Pepa.

Leon Roch no quiso ver más y salió del salón y del establecimiento. La noche tibia y calmosa convidábale á pasear por la alameda, donde no había alma viviente ni se oía otro ruido que el de los sapos. Después de dar cuatro vueltas, creyó distinguir una persona en la más próxima de las ventanas bajas. Era una forma blanca, mujer sin duda, que apoyando su brazo derecho en el alféizar, mostraba el busto. Leon se acercó, y viendo que la forma no se movía, se acercó más. Habría ésta parecido una estatua de mármol, á no ser por el pelo oscuro y el movimiento de la mano que jugaba con las ramas de una planta cercana.

—Pepa,—dijo él.

—Sí, soy yo... Aquí me tienes hecha una romántica, mirando á las estrellas... Es ver-

dad que no se ve ninguna; pero lo mismo da.

—Está muy negra la noche; no te había conocido,—dijo Leon poniendo sus dedos en el antepecho de hierro.—La humedad puede hacerte daño. ¿Por qué no cierras? No esperes á tu padre. Ese ladron de Cimarra ha puesto banca. Allí están entretenidos... Retírate.

—Hace calor en el cuarto.

Leon no pudo distinguir bien, por ser oscurísima la noche, las facciones de la hija de Fúcar; pero observaba la fisonomía de la voz que suele ser de una diafanidad asombrosa. La voz de Pepa gemía. Su cabeza echada hácia atrás se apoyaba en la madera de la ventana. Tenía en la mano una flor (á Leon le pareció una rosa) de palo largo. Á cada instante se lo llevaba á la boca, y arrancando un pedacito, lo escupía. Leon vió todo esto, y comprendiendo la necesidad de decir algo apropiado al momento, buscó en su mente, rebuscó; pero no hallando nada, nada dijo. Ambos estuvieron callados un rato, Leon atento é inmóvil, con ambas manos fijas en el frio antepecho, ella arrancando y escupiendo palitos.

—Se cuentan de tí estos dias algunas rarezas, Pepa,—indicó él, considerando que para llegar á decir algo de provecho era pre-

ciso empezar diciendo una tontería.—Dicen que rompiste las porcelanas, que cortaste en pedazos los encajes, no sé qué encajes...

—¡Qué tipo!...—exclamó Pepa, rompiendo á reir con un desentono que hizo temblar á Leon.—La pobre señora nõ sale de las sacristías... ¿No entiendes?... parece que eres idiota. Hablo de tu futura suegra, la marquesa de Tellería... Cuando estuve en la playa de Ugoibea tuve el gusto de verla. Me contaron las picardías que habló de mí. Lo de siempre... que soy muy mal criada; que derrocho; que tengo modales libres y hábitos chocantes... chocantes, justamente... ¡La pobre señora ha cambiado tanto desde que empezó á marchitarse su hermosura!... Ya se ve: no se puede llevar una vida mundana cuando se tiene un hijo santo... pues qué, ¿no te has enterado? ¿no sabes que Luis Gonzaga, el hermano gemelo de tu novia, el que está de colegial en el *Sagrado Corazon* de Puyóo, tiene fama de ser un ángel con sotana? Chico, vas á vivir en medio de la córte celestial. Hasta tu suegra usa silicio. ¿No lo crees? pues créelo, porque lo han dicho sus amantes.

Al decir esto, Pepa escupió un palito de rosa con tanta fuerza que fué á chocar en la frente de Leon.

—Pepa,—indicó éste con enojo.—No me gusta que las personas que estimo hablen así de una familia respetable.

—Se puede hablar de mí y llamarme loca, voluntariosa... Yo no puede hablar... es verdad. En mí todo es informalidad, desenfreno, desórden, ignorancia... Pasemos á otra cosa, Leon: sentí mucho no ver cara á cara á tu futura esposa María Egipcíaca. Dicen que está muy guapa: siempre fué guapa. En Ugoibea sale poco: ella y su tontísima mamá se van solas á tomar los aires puros. Cuentan que están muy tronadas; pero tú eres rico, y el marqués... ¡Oh! dicen que es el único mentecato que no ha logrado hacerse un puesto en la política.

—Pepa, por Dios, no digas disparates. Me lastimas en lo más delicado con tu charla imprudente.

Pepa seguía escupiendo palos. El tallo de la rosa estaba reducido á la cuarta parte.

—Si soy yo muy mal educada,—dijo con amarga ironía.—Ademas ahora han descubierto que tengo muy mal corazon, un corazon cruel, un carácter rebelde y caprichoso...

—Eso no es verdad; pero has de hacer lo posible para que la gente no lo crea.

—Sí, mucho cuidado me da á mí la gente, ¿Acaso yo necesito de nadie?

—¡Qué orgullosa eres!

—Dicen que no encontraré un hombre razonable que se case conmigo,—exclamó repitiendo el desentonado reír que parecia una conmocion espasmódica.—Eso como que da á entender que hay hombres razonables... Yo no soy de esas que se fingen santas y modestas para encontrar marido... Por mi parte aseguro desde hoy que no me casaré con ningun sabio... Me repugnan los sabios. La suprema felicidad consiste en tener mucho dinero y casarse con un tonto.

—Veo que esta noche estás de humor de disparatar,—le dijo Leon familiarmente.—Tú no crees lo que dices y tus ideas son mejores que tu lenguaje.

Ya porque sus ojos se habituaran á la oscuridad, ya porque aclarase un poco la noche, Leon empezó á distinguir las facciones de Pepita Fúcar destacándose en el negro cuadrado de la ventana como la figura borrosa y pálida de un lienzo antiguo. La blancura de su tez, sus cabellos bermejos, la viveza de sus ojos pequeñuelos en cuyas pupilas brillaba una brasa diminuta, el mohin mimoso de sus labios, la graciosa ferocidad de sus dientes partiendo palitos, y principalmente su enfado, casi la hacían aparecer bella estando algo distante de serlo.

—Á otros podrias hacerles creer que tienes esas ideas extravagantes,—dijo Leon,—pero no á mí que te conozco desde que éramos niños, y sé que tienes buen corazon. Una madre cariñosa habria formado en tí ciertos hábitos de que careces y corregido muchos defectos que te hacen parecer peor de lo que eres; pero has vivido en gran abandono; pasaste la niñez entre personas mercenarias, y despues, en la edad en que se forma el carácter, y se hace por decirlo así, la persona, tu padre te lanzó bruscamente á la vida en un torbellino de lujo, frivolidades y riquezas. De tus caprichos hizo leyes y no supo ó no quiso poner tasa á tus genialidades dispendiosas. Tú sabes mejor que yo lo que ha sido tu palacio durante mucho tiempo, un *maremagnum* de desórden, la anarquía doméstica en su último grado. Confiada á tí alguna vez la direccion de tu casa, los criados se convertian en señores. Fué preciso que los extraños te llamasen la atencion para que comprendieras el saqueo infame que allí reinaba y echases de ver que te consumian en una semana los fondos de un trimestre. Tu padre, ocupado en ganar dinero, no pensó en enseñarte á conocer su valor, porque tu padre es tambien un delirante, un insensato que no piensa más que en los negocios, así como el jugador no

piensa más que en la carta que ha de venir... ¡Pobre Pepa, tan rica y tan sola!... Ahora me explico muchas excentricidades de tu vida que el público comentaba de un modo desfavorable para tí y en las cuales yo te disculpo, si te disculpo... Hiciste construir una gran estufa en tu jardin, y una vez armada, la mandaste quitar de la fachada de Oriente para ponerla en la del Norte. Concluida de poner estaba, cuando la hiciste desmontar y la cambiaste por una coleccion de porcelanas. En un mismo año variaste tres veces todo el mueblaje y tapicería de tus habitaciones, y hoy comprabas bronces, tallas y telas carísimas para venderlo todo mañana por la cuarta parte de precio. En tus viajes has gustado de comprar preciosidades, pero no en tanto número como las chucherías sin arte, ni elegancia, ni valor alguno. Reuniste una coleccion de pájaros para regalarlos despues uno por uno. He oido contar que solicitada por otros deseos y antojos, estuviste dos días sin echarles de comer. Estableciste en tu casa un fotógrafo para que te sacara vistas del jardin, de la escalera y retratos de los caballos, y en tanto que así protegias las artes, no habia en tu casa un solo libro, ni uno solo, como no fuera algun almanaque estúpido ó alguna mala novela que pedias prestada á tus ami-

gas. Haces limosnas, amparas á los desvalidos porque tienes un corazón excelente; pero oye cómo son tus caridades; es preciso que oigas esto, Pepa, y que luégo medites. Un dia se te presentó una mujer que pedia para celebrar una novena: sacaste de tu gabeta dos mil reales y se los pusiste en la mano. El mismo dia se te presentó la viuda de un albañil muerto en las obras de tu palacio, la cual se quedó con cinco hijos y sin recursos: á esa le diste un duro. No conoces el valor ni la extension de las penas humanas, ni alcanzas la medida de las necesidades. Gran peli-gro es no ver jamás el fondo de esa arca de dinero en la cual metes sin cesar la mano para satisfacer tus gustos á cada instante renovados. ¡Pobre Pepilla!... No extrañes que use contigo este lenguaje un poco duro, muy distinto de las adulaciones que oyes sin cesar, pero que es sincero, leal, y está inspirado en el deseo de tu bien. Es el lenguaje de un hermano que quiere verte corregida y en camino de ser feliz... porque temo por tí, Pepa, temo que han de venir para tí dias muy amargos y hechos graves, que te enseñarán con abrumadora prontitud y realidad lo que aún no sabes. La realidad cuando hemos descuidado sus lecciones, viene súbitamente á sorprendernos en medio de los goces y nos ins-

truye á golpes... Tengo un sentimiento profundísimo al verte tan descarriada, tan sola, querida Pepa, en medio de este frio páramo de tus riquezas, y no poder conducirte fuera, porque nuestros destinos son distintos; á tí y á mí nos ha llevado Dios por sendas diferentes. Tengo un sentimiento grande, y si quieres que te lo diga claro como deben decirse las cosas, te tengo lástima, sí, lástima... Yo te estimo, te aprecio mucho, ¿cómo he de olvidar que hemos jugado juntos en nuestra niñez, que nos hemos tratado en todas las épocas de nuestra vida y aún... ¿por qué no decirlo? que hemos tenido el uno para el otro esas inclinaciones superficiales, pasajeras que nos hacen novios á los ojos del vulgo?... Esto no puede olvidarse. Siempre he sido y seré siempre para tí un buen amigo.

Pepa pilló fuertemente entre sus dientes el palo ya muy mermado de la flor y tirando de ésta la deshojó. Volaron las hojas en la ventana y algunas de éstas fueron á posarse en la barba y cabeza del jóven que hablaba. Despues Pepa se llevó su pañuelo á la boca.

—¡Sangre!—dijo Leon cogiéndole la mano que oprimia el pañuelo.

—Es que me he clavado una espina en el labio,—dijo Pepa con voz tan hondamente

transfigurada que Leon Roch se estremeció de pena.

Después de una breve pausa, la de Fúcar volvió á hablar y con acento más seguro, dijo:

—¿Sabes que en tu nueva casa vas á estar divertido?

—¿Por qué?

Pepa rió oprimiendo con las dos manos su seno agitado.

—Porque cuando tu cuñado Luis Gonzaga, el que está aprendiendo para misionero, empieza á echar sermones por un lado y tú empieces á soltar heregías por otro, no habrá quien pare en la casa. Leon, lo dicho dicho, eres un sabio insoportable y tu talento da náuseas.

—Ya sé que el verdadero juicio tuyo sobre mi persona no es tan poco benévolo.

Pepa se inclinó un poco hácia afuera. Leon sintió próximo á su rostro un aliento abrasado que le quemaba como una lámpara cercana.

—El que no ha estudiado otra ciencia que la de las piedras,—dijo Pepa con la voz más amarga que puede oírse,—es un idiota.

—Tal vez eso sea verdad... Ahora, querida Pepa, amiga á quien profeso un cariño puro y fraternal, dame tu mano.

Pepa se puso bruscamente de pié.

—Dame tu mano y despidete de mí lealmente... ¿No te dice tu corazón que algún día necesitarás de mí... quizás un leal consejo, quizás esa ayuda que los desgraciados se prestan unos á otros en los inevitables naufragios de la vida?

Pepa arrojó con violencia los restos de la rosa cuyo roido tallo fué á azotar la frente del jóven. Este creyó sentir un latigazo.

—¡Yo necesitar de tí!...—exclamó.—¡Vanidoso!... Verdaderamente me pareces un estúpido... Puede ser que si algún día veo que se me acerca un pedante dando el brazo á una simplona le pregunte: “¿quién es usted?,” ¡Despedirme de tí! Bueno: lo mismo me da que sea hasta mañana ó hasta la eternidad.

—Como tú quieras,—dijo Leon, alargando su mano.—Adios. Te vas mañana con tu padre. Yo no voy á Madrid por ahora. Quizás no nos veamos en mucho tiempo.

Pepa le volvió la espalda con brusco movimiento y desapareció en las tinieblas de su cuarto. Leon miraba hácia dentro sin ver nada. Perfume delicado y tan ligero que parecia una ilusion del olfato era lo único que de la persona de la marquesita de Fúcar habia quedado en la ventana junto al sabio perplejo. Era como un hueco conservando la forma de la figura ausente.

—Pepa, Pepilla...—dijo Leon con acento cariñoso.

Pero no tuvo respuesta ni distinguió nada en aquel cuadro de tinieblas profundas. Despues oyó un débil gemido. Largo rato estuvo en la ventana llamando á intervalos sin obtener contestacion. Pero los gemidos seguian, anunciando que en el fondo de aquella oscuridad existia un dolor.

Esperó más; al fin se alejó paso á paso turbado como un pecador y tétrico cual un asesino.

VII

Dos hombres con sus respectivos planes.

Tropezó con un bulto, sintiendo al mismo tiempo fuerte palmetazo en el hombro, acompañado de estas palabras: "La bolsa ó la vida.,"

—Déjame en paz,—dijo Leon apartando á su amigo y siguiendo adelante.

Pero Cimarra se pegó á su brazo y le retuvo haciéndole girar sobre un pié. Por un instante se habria podido ver en aquel grupo el paso vacilante y el vaiven de un grupo de borrachos. Pero suposicion tan fea se hubiera desvanecido al oir á Cimarra, el cual, muy serio, ceñudo y con la voz ronca y airada, dijo á su amigo:

—¡Suerte deliciosa!... Estoy luciéndome en Iturburua.

—Déjame, tahir,—replicó Leon con ira sacudiendo el brazo en que hacia presa su